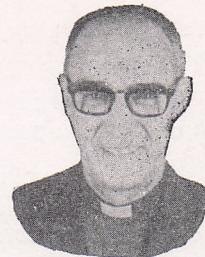


**INSPECTORIA DE  
SANTO DOMINGO SAVIO  
CORDOBA**



Las Palmas de Gran Canaria  
17 de abril de 1.972

Queridos hermanos: Con gran retraso, por razones muy ajenas a mi voluntad, puedo cumplir el dolorosísimo deber de poner ante los hermanos en Congregación la figura de primerísima linea del querido.

**D. JOSE MONDEJAR LERMA**

con el que he estado vinculado por unas relaciones, no sólo de hermano en Congregación, sino de amigo, desde los primeros años de mi formación salesiana en el aspirantado de Montilla.

Nos ha dejado en pleno rendimiento de su carisma salesiano, cuando él estaba sembrando incansablemente con una mano y recogiendo con la otra el fruto de muchos años de sementera fecunda.

Y se nos ha ido sin ruido, callando, como fueron sus últimos años en esa casa de Las Palmas.

Diría que ha sido necesaria su muerte para que el bien que, a manos llenas iba haciendo a cada paso, saliera explosivamente a la superficie. Centenares y centenares de personas nos aseguran que habían visto en él un sacerdote ejemplar y un salesiano modelo.

Nació Don José Mondéjar en Córdoba el 14 de marzo de 1.912, fruto de un matrimonio en que se fundieron la reciedumbre cristiana de Castilla y la simpatía, cordialidad y gracia andaluza, en una maravillosa simbiosis que él supo cultivar y hacer instrumento de su apostolado salesiano.

Después de hacer los primeros años de su escolaridad salesiana en Córdoba, pasó al Aspirantado de Cádiz en sus últimos años, perteneciendo, en el Curso 1.927-28, a los primeros alumnos que Montilla envió a S. José del Valle para hacer el Noviciado

Noviciado feliz que coincidió con el año de la Beatificación de D. Bosco y que sin duda, influyó decisivamente en él para asimilar el espíritu del Padre, espíritu al que conservó una fidelidad a toda prueba a lo largo de sus 42 años de vida salesiana.

S. José del Valle, de inolvidable recuerdo para todos los que pasaron por él, le vió crecer en su madurez humana, intelectual, moral y espiritual durante los cursos 1.929 a 31 y lo volverá a acoger durante los años 1.936 a 38, para completar su formación sacerdotal, cuando la Cruzada española deshizo aquel inolvidable Carabanchel.

Málaga y el mismo S. José del Valle fueron la sede de sus primeros es-  
carceos pedagógicos, en un trienio fecundo de bien entre los chicos que lo es-  
timaban por su bondad y simpatía.

Su sacerdocio lo estrenó en Montilla, donde como asistente y Catequista  
dejó una huella profunda en todos los que tuvimos contacto con él.

Los cuatro cursos del 41 al 45 los repartió entre Granada y Salamanca,  
sabiendo compartir su tiempo entre los estudios de Filosofía y Letras, Sección  
de Clásicas, que cursó con gran brillantez y su apostolado sacerdotal.

La Iglesia de los PP. Redentoristas de Granada, con los que convivió du-  
rante dos años y para los que tuvo siempre grandísima estima, es testigo de su  
celo sacerdotal derrochado en largas horas de confesionario.

El Colegio Salesiano de Salamanca halló en él un auxiliar valiosísimo  
para sus actividades pastorales entre los alumnos y fieles que acudían a la Igle-  
sia atraídos por aquellas homilías dominicales, densas de doctrina y saturadas  
de gracia del P. Andaluz.

Las Hijas de María Auxiliadora fueron también testigos y beneficiarias de  
su espíritu sacerdotal, que dejó plasmado en vocaciones suscitadas por él.

Los estudios universitarios dejaron en él una impronta de cultura que su-  
po aprovechar para fines apostólicos; de ese acerbo pagano sacaba materia pa-  
ra sus conferencias y charlas a los jóvenes.

Pero también esos mismos estudios supusieron un gran sacrificio y una  
renuncia que sólo llevado de sus altos ideales espirituales supo afrontar con  
valentía y generosidad. Pocas veces, y a los más íntimos, dejó entrever lo que  
para él supuso abandonar su querida tesis doctoral en griego, cuando la obe-  
diencia le llevó a puestos de responsabilidad que le hacían incompatible la  
debida dedicación a los estudios. Como D. Bosco supo también renunciar a las  
satisfacciones de la cultura y del saber para dedicarse plenamente a los demás.

Los Colegios de Utrera, Ronda y La Orotava pudieron apreciar en él al  
Director entregado a la educación de sus muchachos y a su comunidad. En  
todos ello quiso que reinara el ambiente salesiano de familia y no creo exage-  
rado afirmar que fue de los paladines avanzados de muchas cosas que hoy nos  
parecen naturales conquistas de los tiempos en el régimen de nuestros Cole-  
gios.

Todos sus hermanos fueron testigos de sus largos encuentros con Cristo  
en el Sagrario, cuando el silencio de la noche caía sobre el Colegio, después  
de una intensa jornada de trabajo.

Séame permitido decir que ésta su intensa piedad eucarística fue una de  
las características más fundamentales de su vida. Cultivaba una auténtica amistad  
con Cristo que se escapaba de sus labios en sus pláticas a los jóvenes y de  
su pluma en su correspondencia privada. Hablar de Jesucristo, como amigo  
del joven, fue para él una delicia y una consecuencia espontánea de su espiri-  
tualidad esencialmente cristocéntrica.

Los jóvenes le amaban y se sentían atraídos por una fuerza irresistible  
que dimanaba de su riquísima personalidad espiritual.

Se esforzaba por adaptarse, aún en sus últimos años, a la mentalidad de los jóvenes, haciéndose uno de ellos para ganarlos a todos. No era ajeno a las inquietudes de los tiempos presentes, inquietudes que en momentos de intimidad dejaba traslucir; pero el denominador común de su actuación entre los jóvenes era el optimismo con que afrontaba de cara a ellos las situaciones, optimismo que hincaba sus raíces en esa vivencia constante de su fe en Cristo, en la absoluta confianza y presencia continua de Dios entre los hombres, de la fe, de la fe hecha amor.

Ejemplar hijo de D. Bosco, los jóvenes siempre hallaron en D. José al padre y amigo que comprende, conforta, ayuda, orienta... Nadie se iba defraudado, nadie se retiraba triste. Los que se acercaban a él tenían la agradable experiencia de haberse rozado con el misterio de la transcendencia divina. Así era D. José de transparente.

Para él su vocación religiosa, salesiana y sacerdotal, dedicada con preferencia a los jóvenes fue una constante tensión, una continua actitud oblativa de entrega y servicio a todo el que por cualquier motivo se rozase con él.

¡Todo en él era sobrenatural!, -exclamaba un alumno, en una espontánea, sencilla y encantadora nota necrológica publicada en "La Provincia" diario de Las Palmas de Gran Canaria.

Su paso por el Teologado de Posadas, casi recién estrenado y en vías de consolidación, fue una experiencia de la que recabó grandes lecciones en su vida sacerdotal posterior. A la labor de formación de aquellos teólogos se entregó D. José concienzudamente derrochando amor, ingenio y valor; desenmarañando dificultades y problemas en búsqueda incesante hasta dar con lo mejor. La propia exigencia le imponía la perfección de la obra que llevaba entre manos.

Fue aquí, sin duda, donde puso a prueba una de sus características más salientes: el acendrado amor a la Congregación y una fidelidad, sin límites y a toda prueba, a los superiores.

Y con la misma fidelidad que había derrochado en los cargos, aceptó la obediencia que lo destinaba a esta casa de Las Palmas, donde durante siete años dio los más claros y convincentes ejemplos de generosidad en el trabajo, de su entrega a las clases, de un apostolado maduro y responsable.

Una convicción, que se había fraguado en sus muchos años de apostolado colegial, se fortaleció en estos últimos años y pudo escribir a uno de sus compañeros de curso: "Yo sigo con mi convicción de que la docencia y enseñanza nos proporciona el mejor acercamiento apostólico que podamos desear. Todos los encuentros con universitarios que he tenido este trimestre y en estos días son de esta índole" (carta del 4-1-71).

No podría dejar de mencionar una de sus facetas más destacadas: el interés vocacional. Oraba por las vocaciones, trabajaba por descubrirlas y cultivarlas; creía firmemente que el sacerdote debe dejar herederos de su sacerdocio. Ante el Señor se había encontrado con el mérito, unas veces logrado, y otras sólo soñado y trabajado, de salesianos, sacerdotes diocesanos, religiosos de diversas órdenes y congregaciones que le deben, como a instrumento de Dios, la gracia de su vocación.

D. José Mondéjar sufrió mucho en su vida; sufrió porque amó mucho y sufrió en su silencio admirable que, sólo a la atenta observación de los que le conocían muy de cerca, se dejaba traslucir.

El Sagrario y la Virgen Auxiliadora, de la que fue singular devoto, fueron los testigos de sus desahogos, que ocultaba a los demás con aquel optimismo y gracejo que le caracterizó.

“Me moriré un día 24”, había dicho a sus últimos alumnos de Latín y Griego. Y la Virgen le tomó la palabra y D. José salió al encuentro de la muerte con calculada exactitud profética el 24 del pasado noviembre. Inesperadamente, en los últimos momentos de la expansión comunitaria de la jornada, cuando unos hermanos hojeaban el periódico, otros veían la T. V., y él corría los temas de griego, un infarto de miocardio acabó con su vida santa, ejemplar, fecunda, llena de Evangelio. En un acto de servicio rindió su alma al Padre. ¿Será aventurado aplicarle las palabras de D. Bosco. “Cuando ocurría que un salesiano muera trabajando por las almas, nuestra Congregación habrá conseguido un gran triunfo y caerán sobre ella copiosas bendiciones del cielo”?

Alguien que lo conoció y trató muy de cerca no duda en asegurar que ofreció su vida por la renovación de nuestra Congregación en estos momentos del postcapítulo.

Su amor a D. Bosco, su generosidad y entrega, dan muchos visos de realidad a lo que, por mi parte, no considero una simple conjetura.

La Virgen le habrá presentado en su día 24 al Padre, y tengo la íntima persuasión de que desde el Cielo bendecirá a esta Casa que siente el vacío de su ausencia, a nuestros alumnos a los que se dio por entero.

Quiera él suscitar muchos salesianos de su temple que recojan la antorcha que deja encendida y continúen la labor apostólica que quedó interrumpida aquél día en que de la tierra pasó a la Casa del Padre.

Lo encomiendo a vuestras oraciones, agradeciendo un recuerdo por esta casa de Las Palmas y por quien se profesa afmo. en Cristo.

**JOSE RODRIGUEZ GONZALEZ**

Director